

# Eugenésia y eutanasia: la vida indigna de ser vivida

Luis H. Gutiérrez-González\*

Departamento de Investigación en Virología y Micología, Instituto Nacional de Enfermedades Respiratorias, México, D.F.

## Resumen

*Durante la primera mitad del siglo XX, como consecuencia de la escasez económica provocada por la Primera Guerra Mundial, se fundaron numerosas sociedades para promover tanto la eugenésia como la eutanasia. En este trabajo se analizan las condiciones ideológicas que influyeron en el pensamiento médico de la época y las circunstancias históricas que permitieron la difusión de ambas corrientes. Específicamente, se estudia la forma en que el positivismo jurídico defendido por Binding y Hoche contribuyó a la formación del concepto de «vida indigna de ser vivida» y, en consecuencia, a la implementación de medidas tanto de control de la reproducción como de eliminación de los enfermos mentales.*

**PALABRAS CLAVE:** Teoría de la degeneración. Historia de la psiquiatría. Derecho y medicina.

## Abstract

*During the first half of the twentieth century, due to economic shortages caused by World War I, many societies were founded to promote both eugenics and euthanasia. In this paper, I analyze the ideological conditions that influenced the medical thought of the time and the historical circumstances that allowed the diffusion of both streams. Specifically, I study how legal positivism defended by Binding and Hoche contributed to the formation of the concept of "life unworthy of life" and therefore to the implementation of measures for both the control of reproduction and the killing of the mentally ill.*

**KEY WORDS:** Degeneration theory. History of psychiatry. Law and medicine.

## Introducción

El movimiento eugenésico intentó mejorar el acervo genético humano mediante la selección de las características hereditarias, y llevó a la implementación de medidas de control de la reproducción por parte de algunos Estados durante la primera mitad del siglo XX<sup>1,2</sup>. El pensamiento darwiniano y la teoría de la degeneración tuvieron una enorme influencia en los planteamientos relativos a la necesidad de controlar la reproducción humana<sup>3,4</sup>. El presente trabajo se centrará en el estudio de una idea que tuvo una gran repercusión

social desde finales del siglo XIX hasta alrededor de 1950: la expresión de «vida indigna de ser vivida»<sup>5</sup>. Esta idea suele ser puesta en relación directa con la eutanasia tal y como se practicó en la Alemania nacionalsocialista, de modo que ha sido estudiada ampliamente en el contexto de los asesinatos masivos de discapacitados perpetrados durante el Tercer Reich<sup>6</sup>. En cambio, se suele dedicar poca atención a esta idea en estudios que tienen que ver con la eugenésia. Después de todo, eugenésia y eutanasia parecen estar completamente desligadas: una de ellas se ocupa de los inicios de la vida, mientras que la otra se encarga de su final. En este escrito intentaré probar la tesis de que ambas corrientes –eugenésia y eutanasia– son manifestaciones de una misma tendencia de desvaloración y economización de la vida humana, y que donde se habla de «vida indigna de ser vivida» se puede muy fácilmente hablar de vida indigna de reproducirse.

### Correspondencia:

\*Luis H. Gutiérrez-González

Instituto Nacional de Enfermedades Respiratorias

Departamento de Investigación en Virología y Micología

Calzada de Tlalpan, 4502

Col. Sección XVI, Del. Tlalpan, C.P. 14080, México, D.F.

E-mail: lhgut1@gmail.com

lhgut@iner.gob.mx

Fecha de recepción: 07-07-2012

Fecha de aceptación: 20-02-2013

Para la implementación de programas eugenésicos fue necesario convencer a un sector importante de la sociedad de al menos cuatro puntos: la degeneración de la especie humana es un peligro inminente; el costo de mantener y educar a los degenerados no solo es demasiado elevado, sino que ni siquiera vale la pena invertir en ello; existe una clara diferencia en el valor intrínseco de cada vida humana (de donde el valor de la vida de los degenerados es nulo, o incluso negativo), y el método más práctico y económico de impedir la propagación de los degenerados consiste en la esterilización selectiva de aquellos cuya vida vale menos. En esta tarea de convencimiento, la labor emprendida por los partidarios de la eutanasia proporcionó importantes herramientas conceptuales y líneas argumentativas a los eugenistas.

Desde por lo menos 1766, al ser publicada la obra de Buffon *De la dégénération des animaux*, se introdujo en las ciencias biológicas el concepto de «variabilidad inducida por cambios ambientales», en el que la degeneración se interpretaba simplemente como el alejamiento de un tipo biológico, es decir, como una variación con respecto a la descripción comúnmente aceptada del organismo en estudio. Durante el siglo XIX, sin embargo, el concepto de degeneración en las ciencias biológicas adquirió paulatinamente una connotación moral y llegó a denotar el carácter de «descendente», e incluso «decadente». Durante la misma época, la teoría de la degeneración otorgó a la psiquiatría una explicación biológica de la etiología de las enfermedades mentales, y se integró de modo convincente en el conocimiento científico de la época<sup>7</sup>. Eventualmente, esta teoría contribuyó a crear el trasfondo epistémico e ideológico que permitió la implementación de programas eugenésicos durante la primera mitad del siglo XX. Se extendió la idea de que era necesario trabajar por la «desintoxicación» de la sociedad, y los médicos comenzaron a entenderse a sí mismos como los custodios del bienestar de nuestra especie, capaces de prevenir la degeneración de la sociedad y guiar el progreso de la humanidad<sup>8</sup>. Con estos antecedentes, será necesario estudiar el proceso de politización de la medicina –o quizás de radicalización médica de la política– que tan graves consecuencias tuvo en la historia del siglo XX.

## Darwinismo social y degeneración

A mediados del siglo XIX, el darwinismo social de Spencer y la idea de la degeneración habían alcanzado una notable difusión, sobre todo en los países

angloparlantes y Alemania. Fue entonces cuando comenzaron a plantearse doctrinas éticas que pretendían basarse en la teoría de la evolución. La «superficie del más fuerte» se consideraba un criterio capaz de guiar las decisiones morales y, en concordancia con la idea del progreso tan popular en esa época, el bien más alto comenzó a ser identificado con el progreso de la especie<sup>9,10</sup>. En este contexto cultural, Haeckel publicó su *Historia natural de la creación*<sup>11</sup>, donde transfirió la idea de lucha por la existencia al campo de la historia de los pueblos. Asimismo, propuso la introducción de un mecanismo de selección artificial, en el cual la pena de muerte tendría una función eugenésica al impedir la herencia de caracteres criminales.

Hacia 1882, en un ambiente cultural en el que ya habían comenzado a propagarse las ideas del darwinismo y del darwinismo social, Friedrich Nietzsche escribió un aforismo, parte de *La gorda ciencia*, que sería citado innumerables veces por los eugenistas y por los médicos nacionalsocialistas:

«Santa残酷. –Un hombre que llevaba en brazos un niño recién nacido se presentó ante un santo: –“¿Qué debo hacer con este niño? –preguntó–. Es raquíto, deforme, y ni siquiera tiene suficiente vida para morir”. “Mátalo –dijo el santo con voz terrible–, mátalo y tenlo en brazos por tres días y tres noches, para que te acuerdes; así no volverás a engendrar un hijo, hasta que no sea para ti tiempo de engendrar”. Al oír esto, el hombre se marchó decepcionado; y muchos censuraron al santo, porque había aconsejado una残酷, pues había aconsejado matar al niño. “–¿Acaso no es más cruel dejarlo vivir?” –dijo el santo»<sup>12</sup>.

En este aforismo se esboza la postura de Nietzsche en torno a la eutanasia. Si bien se oponía en general a la teoría darwiniana, Nietzsche fue el primero en aplicar la teoría de la selección no solo para explicar el problema de la degeneración, sino como una posible solución. De hecho, fue el primero en proponer un plan basado en la selección para contener la amenaza de la degeneración. En sus *Fragmentos póstumos* se encuentran propuestas para eliminar a los deformes, seleccionar a los individuos a los que se permitiría reproducirse, o para separar estrictamente la sexualidad y la reproducción: «Aquí tiene lugar una selección: elegimos a los que nos causan alegría y los favorecemos, y huimos de los otros. ¡Esa es la moralidad correcta! ¡Hacer morir a los lamentables deformes degenerados debe ser la tendencia!»<sup>13</sup>. El carácter concreto de muchas de estas propuestas permite suponer que Nietzsche llegó a conocer la obra de Galton<sup>14</sup>.

Por otra parte, Nietzsche introdujo en la discusión filosófica de la época el concepto de «valor de la vida»<sup>15</sup>, que fue el fundamento filosófico de un sistema de categorización humana con influencia significativa en los programas eugenésicos y en las acciones de eutanasia de la primera mitad del siglo XX. Si bien el carácter aristocrático de la doctrina nietzscheana puede ser en ocasiones difícil de adaptar a las teorías eugenésicas, es posible encontrar formulaciones explícitas por parte de algunos eugenistas<sup>16</sup> que reconocen en Nietzsche, con sus doctrinas en torno al superhombre y a la afirmación de la vida, a su precursor filosófico. Podemos afirmar entonces que Nietzsche dio un impulso importante al activismo contra la degeneración en Alemania y en otros países europeos<sup>17</sup>.

En los años inmediatamente anteriores a finales del siglo XIX, y en parte como consecuencia de las obras de Spencer, Nietzsche y Galton, se acumularon las propuestas de quienes deseaban aplicar la teoría de la selección a las sociedades humanas, planteadas en su mayoría mediante una gradual brutalización del lenguaje y las normas de convivencia social. Alexander Tille (1866-1912) fue una figura clave en la transferencia cultural anglogermana de la época. Como profesor de alemán en la Universidad de Glasgow, fue el primero en traducir la obra de Nietzsche al inglés, que aprovechó para difundir una interpretación del filósofo alemán fuertemente restringida a un punto de vista socialdarwinista. Publicó un libro titulado *Al servicio del pueblo: por un aristócrata social*<sup>18</sup>, en el que proponía el carácter aristocrático de la naturaleza y postulaba el origen biológico de las desigualdades sociales. Resaltaba desde la primera página el peligro de la realización de las ideas socialistas, y para contrarrestarlas proponía un programa basado en el darwinismo social. Creía encontrar en la teoría darwiniana –especialmente en el principio de selección– un antídoto contra cualquier movimiento político de índole socialista. En un detalle que actualmente puede parecer cómico, exigía la prohibición del matrimonio de las personas feas; además, afirmaba que los actos de beneficencia en ayuda a los discapacitados, enfermos y deficientes mentales eran dañinos para la sociedad, y celebraba la muerte masiva en los barrios pobres, pues ello significaba, desde su punto de vista, que la selección natural seguía su curso normal. Tille concedía una enorme importancia a los orígenes animales del hombre, y creía que la aceptación de este hecho llevaría a una renovación espiritual e ideológica en Alemania<sup>19</sup>. En un segundo libro, *De Darwin a Nietzsche*<sup>20</sup>, Tille explicaba el impacto que la teoría de la evolución

biológica había tenido en la ética. Suponía que el descubrimiento de la evolución había anulado cualquier principio ético absoluto, y argumentaba que la única fuente de la moralidad se encontraba en las leyes de la naturaleza. Entre sus propuestas se encontraba el no dar de comer a los inadaptados, para que nada les impidiese desaparecer<sup>21</sup>.

El darwinismo social y la teoría de la degeneración fueron instrumentalizados desde mediados del siglo XIX para la justificación de la desigualdad y los prejuicios sociales<sup>22,23</sup>. En 1895, sin embargo, el fisiólogo británico John B. Haycraft (1857-1922) llevó el darwinismo social a niveles nuevos, en los que comenzó a utilizarse un lenguaje particularmente agresivo y despectivo hacia las clases inferiores, que prefiguraba los términos deshumanizantes cuyo uso sería tan común décadas después. De hecho, provocó un escándalo al escribir que la tuberculosis, la lepra y la escrófula debían ser consideradas como «*friends of the race*», pues atacaban solamente a personas de constitución débil<sup>24,25</sup>. En ese mismo año, Alfred Ploetz (1860-1940) publicó un libro titulado *La eficiencia de nuestra raza y la protección de los débiles*<sup>26</sup>, en el que se ocupaba de las condiciones favorables para la reproducción humana. Si bien su lenguaje era más moderado, planteaba explícitamente la necesidad de eliminar a los niños débiles y deformes. También afirmaba que la pobreza sirve para el «desbrozamiento económico» (*ökonomische Ausjäte*), y que se debían suprimir los seguros de enfermedad y desempleo, pues interferían con la selección natural. Diez años después, sobre todo en Alemania, este tipo de ideas empezaron a ser discutidas abiertamente más allá de los círculos académicos, generalmente en un tono favorable, y se convirtieron en un elemento importante en el planteamiento de políticas públicas.

## Degeneración social

Las teorías sociológicas de la época se abocaron a una viva discusión en torno a la necesidad de incrementar la productividad económica de las naciones<sup>27</sup>. Una de las corrientes más importantes insistía en la necesidad de tomar en cuenta las bases biológicas del progreso. Según el eugenista Wilhelm Schallmayer (1857-1919), por ejemplo, aspectos tales como la herencia de la inteligencia y la capacidad reproductiva de los más talentosos tenían un efecto decisivo en el nivel de desarrollo de los países. Desde su punto de vista, sería muy peligroso promover un sistema económico o una política social que pudiese minar a largo

plazo el nivel de eficiencia biológica requerida para mantener un nivel elevado de productividad económica<sup>28</sup>. Por esta razón, sería contraproducente una política que favoreciese a los sectores moral, física o intelectualmente inferiores de la población. Las propuestas de Schallmayer encontraron un rechazo inicial entre sociólogos y antropólogos sociales (por ejemplo, por parte de Werner Sombart), que insistían en la necesidad de mejorar las condiciones económicas y educativas de las clases socialmente inferiores como un medio para fortalecer las naciones. La higiene tradicional trató así de oponerse a la nueva higiene racial, que para esas fechas ya había incorporado elementos del darwinismo social en sus esquemas teóricos.

Los primeros pasos concretos para evitar la reproducción de las personas consideradas como defectuosas fueron dados por psiquiatras. En 1894, Hoyt Pilcher, director del *Asylum for Idiots and Feeble Minded Youths* de Kansas, comenzó a castrar a niños retardados. Su programa tenía un motivo eugenésico, el evitar la propagación de los defectos mentales, y afirmaba que la asexualización había tenido un efecto saludable sobre los pacientes. El ambiente social no estaba preparado para tolerar este tipo de prácticas médicas, de modo que, cuando sus actividades salieron a la luz pública, fue obligado a dejar su puesto<sup>29</sup>. Poco después, sin embargo, Auguste Forel (1848-1931) introdujo la misma práctica en Suiza<sup>30</sup>. En su análisis social, Forel era partidario de reformas de tono progresista; por otro lado, tomaba puntos de vista explícitamente racistas y proponía separar al mayor grado posible la sexualidad de la reproducción. Su principal efecto sobre los movimientos a favor de la eugenésia y la eutanasia se deriva, sin embargo, de su creencia sobre los efectos benéficos para la sociedad de las medidas preventivas:

«Antiguamente, en los buenos viejos tiempos, no se tenían tantas consideraciones como hoy con las personas incapaces e insatisfactorias. Un número enorme de cerebros patológicos, que dañaban a la sociedad, eran ejecutados, ahorcados o decapitados de manera rápida y expedita; era un proceso exitoso, en cuanto que esta gente no podía reproducirse más, ni infestar a la sociedad con sus semillas degeneradas»<sup>31</sup>.

Forel también critica a la humanidad «débil» y «cobarde» que carece del valor para tomar medidas preventivas contra la degeneración de la raza<sup>32</sup>. En este punto resulta evidente que incluso eugenistas de tendencias socialmente progresistas, como Forel, habían adoptado la teoría de la degeneración y, más

significativamente, recurrián sin restricciones a un lenguaje claramente deshumanizante. La condición humana de los «degenerados», el valor de su vida, comenzaba a ponerse en duda, y muy pronto se establecerían las condiciones bajo las cuales su esterilización, e incluso su eliminación física, se convertirían en un método aceptable de terapia social.

Hasta finales de la Primera Guerra Mundial, las propuestas en torno a la esterilización y la eliminación de los enfermos hereditarios y otros discapacitados se hallaban restringidas a los círculos académicos, o bien a grupos extremistas. Las enormes pérdidas humanas provocadas por la guerra, sobre todo entre la juventud físicamente más apta, provocó un giro radical en la situación del movimiento eugenésico. Se multiplicaron las publicaciones que auguraban la inminente degeneración de la sociedad y que exigían la entrada en vigor de medidas de control sobre la reproducción de los «degenerados». Significativamente, en medio de una profunda crisis económica mundial que se prolongó hasta mediados de la década de 1930, los reportes en torno a los costos económicos de alimentar a los enfermos incurables y cuidar de ellos también se multiplicaron.

A partir de 1920, se comenzó a hablar de la eliminación física de los enfermos incurables y los discapacitados. En un principio, el tema de la eutanasia no tenía un vínculo directo con las discusiones en torno a la eugenésia y la higiene racial<sup>33</sup>. La argumentación sobre la necesidad de dejar morir a los enfermos incurables, sobre todo a los enfermos mentales, no comenzó a darse en un contexto eugenésico, sino económico, y un número importante de eugenistas se oponían a cualquier plan de eutanasia. La oposición inicial de los eugenistas a la eutanasia se deja ver en la crítica de Karl Bauer (1890-1978), por ejemplo, quien señalaba el hecho de que «en la selección no se trata de la muerte de los individuos como principio –pues todos hemos de morir– sino únicamente del número y el valor hereditario de la descendencia»<sup>34</sup>. Otros eugenistas de la época, tales como Hans Luxemburger y Lothar Loeffler, se oponían a la eutanasia con argumentos basados en el respeto a la vida individual o en la ética médica tradicional<sup>35</sup>. Era significativo, sin embargo, que usasen con frecuencia la expresión «indigna de ser vivida» (*lebensunwert*) para describir la situación de enfermos mentales, discapacitados y niños con malformaciones congénitas. La popularidad de esta expresión se debió, sobre todo, a la obra de dos de los académicos más respetados en la Alemania de la época: Karl Binding y Alfred Hoche.

## Justificación jurídica de la eutanasia

Karl Binding (1841-1920) era un especialista destacado en el campo del positivismo jurídico. Esta teoría planteaba que el derecho no debía tomar en cuenta ninguna consideración metajurídica, sino solo basarse en lo «positivo», esto es, en lo real, en lo que ocurre efectivamente. Binding contribuyó al positivismo jurídico creando la teoría de la norma, la cual sosténía, en particular, que el Estado no necesita justificar las normas que impone. Esto sería válido incluso en el caso de que el Estado impusiese normas que contradijesen la moralidad aceptada previamente en la sociedad. Por su parte, Alfred Hoche (1865-1943) era un profesor de psiquiatría interesado en cuestiones de ética médica. En su juventud realizó experimentos con la médula espinal de personas recién guillotinadas. A partir de 1918, bajo la impresión de la Primera Guerra Mundial, adoptó opiniones que subordinaban el bienestar individual al organismo superior del Estado<sup>36</sup>. En 1920, Binding y Hoche publicaron una obra en común, *La autorización de la destrucción de la vida indigna de ser viva*<sup>37</sup>, que tendría grandes repercusiones en el desarrollo del movimiento eugenésico y, sobre todo, en la implementación de los programas de eutanasia durante el régimen hitleriano. Una nota inicial de Hoche informa al lector que el distinguido Consejero Privado Binding ha fallecido poco antes de que el libro saliese de la imprenta; la obra era su último acto, producto de un pensamiento llevado por su «vívido sentimiento de responsabilidad y profundo amor a los hombres»<sup>38</sup>. El libro está dividido en dos partes: la primera, escrita por Binding, se ocupa de cuestiones de teoría del derecho; la segunda, de Hoche, atiende algunos problemas concretos que se encuentran en la práctica de la medicina dedicada a los deficientes mentales. El argumento central del libro es expuesto por Binding, a quien dedicaré, por tanto, mayor atención.

Binding comienza discutiendo lo que considera un punto ciego en nuestras visiones morales y sociales.

Se pregunta:

«¿(...) debe quedar limitada la destrucción no punible de la vida, como en el derecho actual –haciendo caso omiso de las situaciones de emergencia– al suicidio? ¿O debería emprenderse una ampliación legal, y con qué alcances?»<sup>39</sup>.

Se proponía explicar la inimputabilidad del suicidio, que es concebido como la expresión de la soberanía del ser humano sobre su propia existencia. Puesto que el suicidio, según Binding, no puede ser concebido como un crimen, pero tampoco puede ser

considerado como un acto indiferente para la ley, «no le queda al derecho más alternativa que considerar al hombre vivo como soberano sobre su existencia y sobre la forma de la misma»<sup>40</sup>. De aquí se extraen varias consecuencias importantes. En primer lugar, este reconocimiento solo tiene validez para el *Lebensträger* («portador de vida») mismo, y no implica ninguna excepción en la prohibición de matar. Por otra parte, toda participación en un suicidio es contraria al derecho y «puede» ser castigada. Finalmente, únicamente la acción del difunto no está prohibida. Binding ve el punto débil de la inimputabilidad del suicidio «en la pérdida de un gran número de vidas todavía con fuerza para vivir, cuyos portadores son demasiado acomodaticios o demasiado cobardes, como para seguir arrastrando la carga de una vida definitivamente soportable»<sup>41</sup>. Aquí resulta significativo que Binding use el término «portador de vida»: la vida se convierte prácticamente en un bien abstracto, transferible, y el ser humano concreto solo tiene relación con ella de una manera indirecta. Es como si un ser humano no pudiese hablar de su propia vida, sino que esta solo le hubiese sido prestada. En estas condiciones, el poder soberano será capaz de privarlo de la vida en cualquier momento y sin grandes formalidades. Mientras tanto, Binding afirma que la asistencia en la muerte de un enfermo agonizante es menos punible que la ayuda a un hombre sano que quiere escapar de sus deudores. En este punto, Binding evalúa el acto mismo de intervenir en la muerte de otra persona en términos no de una ley moral metajurídica ni de la voluntad del suicida, sino en el contexto de una consecuencia social.

El punto clave en el planteamiento de Binding se da en el parágrafo titulado «La pura implementación de la eutanasia en sus correctos límites no requiere de ninguna autorización especial»<sup>42</sup>. Aquí introduce los elementos que serían citados durante décadas para permitir la muerte de enfermos y discapacitados. Comienza precisando la situación en que se puede aplicar la eutanasia:

«(...)...delante del *interiormente enfermo* o del *herido* solo queda la muerte *segura* y *pronta*, ya sea por la enfermedad o por la herida que lo atormenta, de modo que la diferencia temporal entre la muerte causada previsiblemente por la enfermedad y la causada por un medio proporcionado *sobrepticiamente* no es considerable. Solo los pedantes más limitados podrían hablar de una reducción apreciable del tiempo de vida del fallecido»<sup>43</sup>.

El concepto de «*interiormente enfermo*» se deja sin definición adicional, de modo que será muy fácil extender

arbitriamente su cobertura. De paso, aquellos que pudiesen presentar alguna objeción son descalificados desde un principio como «pedantes». Binding introduce entonces algunas restricciones para el caso de los pacientes no afectados en su capacidad intelectual:

«Quien entonces aplique una inyección letal de morfina a un paralítico que se encuentra al inicio de una enfermedad que puede durar años, a petición de este, e incluso sin ella, no puede hablar de haber participado en la pura implementación de la eutanasia. Aquí se ha provocado un fuerte *acortamiento de la vida*, que también debe ser tomada en cuenta por el derecho, y que no puede llevarse a cabo sin autorización jurídica»<sup>44</sup>.

El punto que deja abierta la puerta para innumerables abusos radica aquí en las palabras «sin autorización jurídica». El positivismo jurídico llevado al extremo permitió ignorar por completo las restricciones metajurídicas, de modo que el marco político vigente en un momento particular pudo convertirse en el patrón absoluto, por encima incluso de los derechos individuales. Solo faltaba presentar estas ideas en un contexto de curación, de preocupación por el bienestar del enfermo:

«En el mismo instante se vuelve claro: se ha ubicado definitivamente la segura causa de una muerte dolorosa, la muerte pronta se aproxima. En esta situación mortal no cambia nada, excepto el intercambio de la causa de muerte ya definida por otra causa con el mismo efecto, pero sin dolor. Esto no es ningún “homicidio en sentido jurídico”, sino solo una modificación de la causa de muerte, que ya sigue su curso inexorable, y cuya detención ya no es posible: es en verdad una intervención puramente curativa. “La supervivencia del tormento es también una obra curativa”»<sup>45</sup>.

Para la selección y la denunciación de la «vida indigna de ser vivida» utiliza Binding una aproximación dogmática basada en la teoría de la norma<sup>46</sup>. Parte de la hipótesis de que las normas protegen los bienes jurídicos, de los cuales la vida es uno más. Estos bienes tienen un valor para el portador del bien o para la sociedad, de modo que pueden perderse. Binding se plantea entonces una pregunta aparentemente retórica: «¿Hay vidas humanas que hayan visto disminuido tan fuertemente el atributo del bien jurídico, que su continuación haya perdido permanentemente, tanto para el portador de la vida como para la sociedad, todo valor?»<sup>47</sup>. Su respuesta es afirmativa. Y no solo esto, sino que llega a hablar de una «existencia no solo absolutamente sin valor, sino con valor negativo»<sup>48</sup>. Binding se encuentra totalmente de acuerdo con el discurso vigente en la época, que pretendía cuantificar

el valor de las vidas humanas: «pero el valor de la vida puede no ser meramente cero, sino también llegar a ser negativo»<sup>49</sup>, y se resalta el contraste con «la vida más valiosa, llena de la más intensa voluntad de vivir y la más grande fuerza vital»<sup>50</sup>. Es claro que, en este contexto, el poder de definición del valor de la vida recae en los médicos y los juristas, es decir, en las élites. Una vez que se ha planteado el problema en estos términos, es fácil extraer las consecuencias: la vida digna de ser vivida, que constituye un valor jurídico irrestricto, es la vida de los miembros útiles a la sociedad, tales como los obreros y los soldados<sup>51</sup>. Por el contrario, la vida de los retrasados mentales incurables es indigna de ser vivida:

«(...) no tienen la voluntad de vivir ni de morir. Así, no hay, por su parte, ninguna aceptación de su muerte que sea digna de ser notada; por otra parte, esta muerte no se enfrenta a ninguna voluntad de vivir que sea necesario quebrantar. Su vida carece absolutamente de fines, pero ellos mismos no la perciben como insoportable. Son una carga terriblemente pesada, tanto para sus familiares como para la sociedad. Su muerte no deja el más pequeño hueco. Puesto que necesitan de muchos cuidados, dan oportunidad para que aparezca un oficio, que solo está ahí para prolongar durante años y décadas una vida absolutamente indigna de ser vivida»<sup>52</sup>.

Todas estas expresiones tienen un solo objetivo jurídico: excluir a un grupo de personas de la norma que prohíbe el homicidio, y autorizar de este modo una violencia irrestricta contra dicho grupo. Después se dedica Binding a esbozar bajo qué condiciones podría ser la destrucción de la vida indigna de ser vivida una tarea del Estado. Lamenta vivir en una época donde se ha perdido todo heroísmo, y supone que «en tiempos de una moralidad más elevada (...) el Estado se encargaría de liberar a estos pobres hombres de sí mismos»<sup>53</sup>. Propone entonces crear comisiones que, a petición de familiares o tutores, decidan sobre la vida o la muerte de los enfermos mentales.

La gran repercusión que alcanzó la obra de Binding y Hoche puede deberse, en parte, al efecto de su particular uso del lenguaje *politicojurídico*. La simple expresión «vida indigna de ser vivida», inventada por ellos, llegó a ocupar un lugar preponderante en el discurso ilustrado de la primera mitad del siglo XX. En la atmósfera intelectual y política de aquellos años, la expresión también tenía una fuerza peculiar que sirvió de justificación directa para las acciones de exterminio de los nacionalsocialistas. Paulatinamente, la expresión dejó de estar reservada a los enfermos mentales,

y comenzó a aplicarse a prácticamente cualquier grupo humano que fuese designado como inferior. Al restringir la prohibición del homicidio, y al proponer mecanismos procesos jurídicos definidos para llevar a cabo la eutanasia, Binding y Hoche retiraron cualquier protección legal para los enfermos<sup>54</sup>.

Es difícil evaluar el carácter científico de la obra de Binding y Hoche. Insertaron su propuesta en la discusión, entonces en boga, sobre la capacidad de los Estados para competir militar y económicamente, y con ello lograron más bien una obra de propaganda política. Esta característica se hace más evidente en la parte del libro escrita por Hoche, en la que abundan los subrayados y las profesiones de fe en «nuestra tarea alemana»<sup>55</sup>, cuyo cumplimiento estaría más próximo al reducirse la sobrecarga nacional debida a las «existencias lastre»<sup>56</sup>. Hay también un uso constante y poco sistemático de conceptos tomados de otras disciplinas; se dice, por ejemplo, con una expresión tomada prestada de la economía, que la muerte de alguien indigno de vivir no es ningún «precio exagerado para la redención»<sup>57</sup>. Aún más significativa es la afirmación de que las propuestas solo se presentan con un fin filantrópico, que surge desde «la más profunda compasión»<sup>58</sup>. De esta manera, es posible transformar el problema del homicidio autorizado en un problema sobre un sistema de redención mediante el homicidio. Hoche comienza su exposición citando los múltiples ejemplos en que un médico se ve a obligado a destruir alguna vida humana, siempre con el fin, en su opinión, de asegurar un bien jurídico más elevado<sup>59</sup>. A continuación, describe el carácter relativo de la ética médica, que debe adaptarse a nuevas condiciones históricas y sociales, y que no siempre obliga a mantener la vida de un extraño. Y va más allá:

«A partir del instante en que se reconociese, por ejemplo, la muerte de los incurables o la supresión de los intelectualmente muertos no solo como no punible, sino como un fin deseable para el bienestar general, no se encontraría en la ética médica ninguna indicación contraria»<sup>60</sup>.

De este modo se abre el camino para la eliminación física de los enfermos mentales y los «degenerados». A la tarea nacional, consistente en unir al grado máximo todas las posibilidades productivas, no se le debe oponer ningún lastre, ninguna restricción. Los enfermos mentales, y aquellos que los atienden, son identificados como un obstáculo para el bienestar de la sociedad:

«Al cumplimiento de esta tarea se opone el empeño moderno por conservar mientras sea posible a los

débiles de todo tipo; el empeño por conceder a todos cuidado y protección, incluso a los que no están espiritualmente muertos, pero que son inferiores según su propia constitución, esfuerzos que alcanzan su especial trascendencia en el hecho de que hasta ahora no ha sido posible, ni se ha intentado seriamente, excluir de la reproducción a estos seres humanos defectuosos»<sup>61</sup>.

Las grandes tareas que se presentan ante la sociedad, cualesquiera que estas sean, deberán cumplirse sin el lastre de los enfermos mentales y los débiles. Y estas tareas serán facilitadas por la introducción tanto de prácticas eugenésicas de control de la reproducción como de la eutanasia entre los enfermos mentales.

## Lenguaje deshumanizante

Es en este ámbito donde pueden hacerse evidentes las semejanzas –y las diferencias– entre eugenésia y eutanasia. En realidad, muy pocos eugenistas destacados estuvieron implicados directamente en la muerte de enfermos mentales. Alfred Ploetz (1887-1976), por ejemplo, se manifestó a favor de la eutanasia «compasiva» de los niños deformes, pero al mismo tiempo opinaba que tales niños tendrían escasa influencia en la composición racial de la sociedad, pues casi nunca se reproducen<sup>62</sup>. Otra diferencia importante entre la eugenésia y la eutanasia se dio en el distintivo carácter que adoptó cada una de las acciones en la conciencia pública: la eugenésia fue ampliamente publicitada, y llegó a constituir el centro programático de movimientos políticos muy diversos, mientras que la eutanasia tuvo poco soporte a nivel popular, y la implementación de sus acciones fue mantenida prácticamente en secreto. De hecho, solo el régimen nacionalsocialista llegó a emprender acciones a gran escala para la eliminación de enfermos mentales o niños deformes. Y todo el proceso organizativo de estas acciones, desde la redacción de la ley hasta los asesinatos masivos en hospitales y campos de concentración, fue conducido bajo la más estricta reserva.

A pesar de estas diferencias entre eugenésia y eutanasia, existe toda una serie de semejanzas y coincidencias que deben ser examinadas. Para ambos movimientos era excepcionalmente importante ocuparse de los enfermos mentales y, de hecho, había una elevada proporción de psiquiatras entre los más destacados miembros de ambos grupos. Una justificación subyacente de las acciones de eutanasia era la búsqueda de una solución para los problemas económicos de los sistemas de salud; esta misma justificación

se utilizaba para los programas eugenésicos de «protección de la sangre». Una semejanza adicional es de carácter metodológico: tanto para los programas de eugenésia como para la eutanasia, se utilizaron sistemas de selección y clasificación comunes; de hecho, los árboles genealógicos recabados por los eugenistas fueron utilizados para corroborar el carácter incurable de las enfermedades mentales y justificar así el asesinato de los pacientes.

El vínculo más importante entre ambos movimientos se da al nivel de sus presuposiciones teóricas e ideológicas. Ambas teorías –o, mejor dicho, doctrinas– dan por supuesta la biologización de lo social: todas las diferencias culturales, religiosas, conductuales y sociales se reducen a lo hereditario. Ambas corrientes tienden a otorgar un carácter absoluto a todas las diferencias, que son explicadas entonces mediante enunciados basados en la biología. Hay un proceso de deslegitimación de valores sociales como la justicia o la igualdad, que son catalogados demasiado rápidamente como ilusorios. El individuo, sus intereses y sus derechos tienden a desaparecer ante un cuerpo social con valores absolutos, al que es necesario mantener «sano» y «racialmente puro». Una característica común adicional se encuentra en el uso cada vez más frecuente de un lenguaje deshumanizante. En este punto puede ser observada directamente la gran influencia ejercida por Binding y Hoche sobre la eugenésia, en particular la eugenésia negativa. Ellos inventaron expresiones como la de «vida indigna de ser vivida», que en alemán tiene también una clara connotación de «vida indigna de vivir». También fueron ellos quienes introdujeron una serie de expresiones que alcanzarían su uso más extendido, años después, en las discusiones de muchos eugenistas y en el lenguaje burocrático de los nacionalsocialistas<sup>63</sup>. Este lenguaje, profundamente despectivo y violento, dio origen a un sistema de clasificación y categorización de los seres humanos que solo podía culminar en la esterilización o el exterminio sistemático: «cáscaras humanas vacías», «existencias lastre», «seres humanos defectuosos», «muertos sin ningún valor», «cuerpos extraños... en la estructura social», «existencia sin valor»<sup>64</sup>. Incluso los eugenistas más moderados hicieron uso de esta terminología y de las figuras argumentativas en ella basadas.

La lógica de la selección y la extirpación no pudo basarse por completo en un lenguaje científico. Más bien, tuvo que recurrir a figuras retóricas que excluían a ciertos enfermos o a personas pertenecientes a grupos étnicos diferentes. Estos recursos lingüísticos

transitaron con facilidad desde la eutanasia hacia la eugenésia, que pudo así apelar con mayor facilidad a los prejuicios sociales ya existentes y muy extendidos. Hacia principios de la década de 1920, las ciencias biológicas ya habían superado gran parte del bagaje conceptual utilizado por la eugenésia<sup>65</sup>, pero el lenguaje de esta continuaba adoptando un manto «científico» con fines de legitimación programática. Por otra parte, el procedimiento de exclusión tuvo que recurrir a mecanismos de polarización social, en los cuales se subrayaba el carácter parasitario de los enfermos mentales y de otros indeseables. En esta línea argumentativa era difícil superar a los partidarios de la eutanasia:

«En el aspecto económico, estos *idiotas* serían al mismo tiempo, en tanto que cumplen con todos los requisitos de la muerte espiritual total, aquellos *cuya existencia representa una carga más pesada para la sociedad en general*»<sup>66</sup>.

Este tipo de consideraciones se propagará rápidamente hacia las publicaciones eugenésicas en todo el mundo. El proceso de cuantificación y economización de la vida humana, que se había iniciado desde mediados del siglo XIX, adoptaría entonces una tendencia negativa, que trataría de enfatizar una y otra vez la necesidad de «hacer algo» para aligerar la carga económica de la sociedad. Se multiplicarían los cálculos en torno a los costos implicados por la manutención de los enfermos, en un ejercicio numérico popularizado por los mismos autores:

«...el gasto promedio, per cápita y por año, para el cuidado de los idiotas alcanza hasta ahora los 1,300 marcos. Si tomamos en cuenta el número de los idiotas institucionalizados que viven actualmente en Alemania, llegamos a un número total aproximado de unos 20,000-30,000. Si suponemos para cada caso una esperanza de vida promedio de 50 años, es fácil estimar el enorme capital, en forma de alimento, vestido y calefacción, que es retirado del patrimonio nacional para fines no productivos»<sup>67</sup>.

El sentido de solidaridad con otros seres humanos se pierde en la estimación de costos y productividad. Aquí se ve una vez más el carácter deshumanizante de la economización de la vida llevada a su extremo, común tanto a la eugenésia como a la eutanasia. Hay no solo un proceso de objetivación de la economía, que escapa así al control de los individuos y que deja de estar a su servicio, para someterlos. El individuo debe ahora insertarse en un cuerpo social que define el valor de cada vida en términos de su productividad, y se plantean insistentemente preguntas en torno al

costo que implican para la sociedad los «inferiores». Se requiere entonces que los valores de solidaridad vigentes en una sociedad sean fundamentalmente alterados. Para explicar este proceso, es necesario tomar en cuenta la confluencia del pensamiento tecnocrático-económico aplicado a las personas y de las crisis geopolíticas y financieras que azotaron al mundo entre 1905 y 1945. Las condiciones económicas particulares de la primera posguerra provocaron, además, una severa crisis del sistema de salud pública en muchos países, de la cual fueron culpados los enfermos y los «degenerados». Fue entonces relativamente sencillo implementar políticas de esterilización y de –en el caso de Alemania– exterminio.

## Conclusiones

Tanto la eutanasia como la eugenesia han mantenido su presencia en los discursos médico y bioético de nuestra época. Ha habido, sin embargo, un cambio significativo en sus presupuestos axiológicos y epísticos. Si durante las primeras décadas del siglo XX se enfatizaba un enfoque autoritario, en el que se asumía que el Estado tenía la capacidad y la obligación de intervenir en cuestiones de vida o muerte para garantizar el bien colectivo, en las últimas décadas se han aceptado puntos de vista que enfatizan la necesidad de proteger las libertades individuales durante el ejercicio de la eugenesia<sup>68</sup>. Por otra parte, el concepto de «eutanasia» sigue siendo discutido abiertamente, si bien con un lenguaje muy diferente del utilizado por Binding, Hoche y sus coetáneos. En la aproximación actual suele adoptarse explícitamente un punto de vista utilitarista (en el sentido ético del término), según el cual el objetivo primario de cualquier acto moral debe ser minimizar el dolor y maximizar el placer. Un tema recurrente entre autores contemporáneos se encuentra en el confín entre la eugenesia y la eutanasia, pues se refiere a condiciones en las que el individuo –y específicamente el infante– es incapaz de percibir su propia muerte. En el contexto de la ética del utilitarismo de la preferencia<sup>69</sup>, la eutanasia de recién nacidos con malformaciones congénitas es defendida por diversos autores<sup>70,71</sup>. Giubilini y Minerva han sugerido extender la aplicabilidad de este procedimiento, y especulan acerca de la posibilidad de inducir la muerte en infantes sanos, si así lo deciden los padres, mediante un «aborto posnatal» (*after-birth abortion*)<sup>72</sup>. Para estos autores (quienes utilizan constantemente la frase «*life worth living*»), el infanticidio es moralmente neutro, pues el infante es incapaz de

percibir su muerte ni de darse cuenta de que pierde un bien futuro –su propia vida– y, por consiguiente, no hay ningún bien que esté siendo disminuido. El utilitarismo de la preferencia parte al menos de dos hipótesis: una vida indigna de ser vivida es claramente definible e identificable por personas ajenas a ella; y una vida solo puede tener valor y, por tanto, ser digna de ser vivida, si la persona tiene fines que desea cumplir. En consecuencia, cualquier interés potencial que pudiese tener el recién nacido sería opacado por los intereses concretos de los adultos que tienen la capacidad de decidir sobre la continuación de su existencia. Para la enumeración de los sujetos potencialmente expuestos a la eutanasia, del mismo modo ya propuesto por Binding y Hoche con casi un siglo de antelación, se parte de una valoración de la vida que no depende del sujeto mismo, sino de aquellos que lo rodean, quienes suelen arrogarse el derecho de decidir si su vida es «digna de ser vivida».

El positivismo jurídico aplicado a la medicina –como lo sugirieron Binding y Hoche– y el utilitarismo de la preferencia tienen muchos elementos en común, incluso en el plano puramente lingüístico. Para ambas corrientes, solo se constituyen como personas con derechos aquellos seres humanos que pueden demostrar en acto su autoconciencia y su capacidad de razonamiento. Conceptos tales como la dignidad humana o la autonomía moral y los derechos morales humanos fundados en ellos dejan de tener sentido. Más bien, para ser considerado como persona, el ser humano debe ser capaz de articular preferencias subjetivas e intereses reflexionados, y solo de este modo adquiere el derecho a la protección jurídica y, sobre todo, a la protección de sus intereses orientados a su propia supervivencia. Si un embrión, un recién nacido o un enfermo mental no es capaz de manifestar un interés consciente en sobrevivir, no posee entonces ningún derecho a la vida que no pueda ser suprimido por otros. La idea de una vida digna de ser vivida ya no se aplica a un ser humano como tal, sino que está condicionada por las propiedades mentales de las personas en cuanto no sean meramente potenciales, sino que se encuentren en acto. En consecuencia, tanto el positivismo de Binding y Hoche como el utilitarismo de la preferencia dejan de ver a los seres humanos como titulares de derechos inalienables, para considerarlos exclusivamente desde el punto de vista de su aportación al conjunto del bienestar general.

El vínculo entre eugenesia y eutanasia se basa en múltiples elementos comunes que se originan en un proceso de ampliación de la política a los fenómenos

de la vida. Estos movimientos sociales se basaron en tendencias que implicaron una transformación de los mecanismos de poder en nuestras sociedades, que trataron de alguna manera de producir, organizar y controlar diversas fuerzas vitales, y que llevaron a que los Estados se transformasen en administradores de la vida y la supervivencia. Ambos movimientos tienen en común el deseo de controlar en grado extremo los procesos vitales y reproductivos, sin cuestionar en ningún momento la justicia de quienes se atribuyen esta capacidad de control. El estudio de estos procesos constituye, sin duda, un tema muy importante, al que será necesario retornar en otro momento.

## Bibliografía

1. Bajema CJ. Eugenics: then and now. Dowden, Hutchinson & Ross. Stroudsburg; 1976.
2. Kevles DJ. In the name of eugenics. Genetics and the uses of human heredity. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press; 1985.
3. Hermle L. Die Degenerationslehre in der Psychiatrie. Fortschr Neurol Psychiatr. 1986;54(3):69-79.
4. Pick D. Faces of degeneration: a European disorder, c 1848-1918. Cambridge: Cambridge University Press; 1993.
5. *Lebensunwertes Leben*.
6. Dörner K. Nationalsozialismus und Lebensvernichtung. En: Dörner K, Haerlin C, Rau V, Schernus R, Schwendy A, editores. Der Krieg gegen die psychisch Kranken. Nach "Holocaust": Erkennen-Trauern-Begegnen, Rehburg-Loccum: Psychiatrie-Verlag; 1980.
7. Gutiérrez-González LH. Early Lamarckism and the theory of degeneration. En: Martínez-Contreras J, Ponce de León A, editores. Darwin's Evolving Legacy. México: Siglo XXI-Universidad Veracruzana; 2011.
8. Black E. War against the weak: eugenics and America's campaign to create a master race, Four Walls Eight Windows. Nueva York. 2003.
9. Wagar WW. Good tidings. The belief in progress from Darwin to Marcuse. Bloomington: Indiana University Press; 1972.
10. Hull DL. Metaphysics of evolution. Nueva York: New York University Press; 1989.
11. Haeckel E. Natürliche Schöpfungsgeschichte. Berlin: Georg Reimer; 1868.
12. Nietzsche F. Die fröhliche Wissenschaft. Leipzig: Fritsch; 1887. §73: "Heilige Grausamkeit. - Zu einem Heiligen trat ein Mann, der ein eben geborenes Kind in seinen Händen hielt. „Was soll ich mit dem Kinde machen?“, fragte er, „es ist elend, mißgestaltet und hat nicht genug Leben, um zu sterben“. „Töte es“, rief der Heilige mit schrecklicher Stimme, „töte es und halte es dann drei Tage und drei Nächte in deinen Armen, auf dass du dir ein Gedächtnis machtest – so wirst du nie wieder ein Kind zeugen, wenn es nicht an der Zeit für dich ist, zu zeugen.“ – Als der Mann dies gehört hatte, ging er enttäuscht davon; und viele tadelten den Heiligen, weil er zu einer Grausamkeit geraten hatte, denn er hatte geraten, das Kind zu töten. „Aber ist es nicht grausamer, es leben zu lassen?“ sagte der Heilige".
13. Nietzsche F. Nachgelassene Fragmente 1880-1882. Kritische Studienausgabe. Tomo 9. Berlin/Nueva York: Walter de Gruyter; 1988. p. 250: "Hier findet eine Selektion statt: wir suchen die aus, die uns Freude machen und fördern sie und fliehen vor den Anderen – das ist die rechte Moralität! Absterbenmachen der Kläglichen Verbildeten Entarteten muß die Tendenz sein!".
14. Janz CP. Friedrich Nietzsche. Biographie. Tomo II. Múnich: DTV-Wissenschaft; 1981. p. 268-75.
15. Thüring H. Form und Unform, Wert und Unwert des Lebens bei Nietzsche. En: Stingelin, M, editor. Biopolitik und Rassismus. Fráncfort del Meno: Suhrkamp; 2003. p. 27-54.
16. Schallmayer W. Vererbung und Auslese im Lebenslauf der Völker: eine staatswissenschaftliche Studie auf Grund der neueren Biologie. Jena: Fischer; 1903. p. 1, 152, 241.
17. Weingart P, Kroll J, Bayertz K. Rasse, Blut und Gene. Geschichte der Eugenik und Rassenhygiene in Deutschland. Fráncfort del Meno: Suhrkamp; 1992.
18. Tille A. Volksdienst: Von einem Sozialistokraten. Berlin & Leipzig: Wiener'sche Verlagsbuchhandlung; 1893.
19. Gasman D. The Scientific Origins of National Socialism. New Brunswick, Transaction Publishers; 2004.
20. Tille A. Von Darwin bis Nietzsche. Ein Buch Entwicklungsethik. Leipzig: Naumann; 1895.
21. Nowak K. "Euthanasie" und Sterilisierung im "Dritten Reich". Die Konfrontation der evangelischen und katholischen Kirche mit dem Gesetz zur Verhütung erbkranken Nachwuchses und der "Euthanasie"-Aktion. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht; 1980. p. 19.
22. Bowler PJ. Evolution. The History of an Idea. Berkeley: University of California Press; 1989.
23. Pick D. *Op. cit.*
24. Haycraft JB. Darwinism and race progress. Londres: Swan Sonnenschein; 1895. p. 51-7.
25. Klee E. "Euthanasie" im NS-Staat. Die Vernichtung lebensunwerten Lebens. Fráncfort del Meno: Fischer; 2004.
26. Ploetz A. Die Tüchtigkeit unserer Rasse und der Schutz der Schwachen: ein Versuch über Rassenhygiene und ihr Verhältniss zu den humanen Idealen, besonders zum Socialismus. Berlin: Fischer; 1895.
27. Weiss SF. Race hygiene and national efficiency: The eugenics of Wilhelm Schallmayer. Berkeley: University of California Press; 1987.
28. Schallmayer W. Die soziologische Bedeutung des Nachwuchses der Begabteren und die psychische Vererbung. Archiv für Rassen und Gesellschafts-Biologie. 1905;2:36-75.
29. Trent JW. To cut and control: institutional preservation and the sterilization of mentally retarded people in the United States, 1892-1947. J Hist Sociol. 1993;6(1):56-73.
30. Klee E. *Op. cit.*
31. Forel A. Hygiene der Nerven und des Geistes, en Bücherei der Gesundheitspflege. Bd. 9. Stuttgart: Verlag von Ernst Heinrich Möritz; 1903. p. 86: "Früher, in der guten alten Zeit, machte man mit unfähigen, ungenügenden Menschen kürzeren Prozess als heute. Eine ungeheure Zahl pathologischer Hirne, die (...) die Gesellschaft schädigten, wurde kurz und bündig hingerichtet, gehängt oder geköpft; der Prozess war insofern erfolgreich, als die Leute sich nicht weiter vermehrten und die Gesellschaft mit ihren entarteten Keimen nicht weiter verpesten konnten".
32. Bastian T. Von der Eugenik zur Euthanasie. Ein verdrängtes Kapitel aus der Geschichte der deutschen Psychiatrie. Bad Wörishofen: Verlagsgemeinschaft; 1981. p. 41.
33. Weingart P, et al. *Op. cit.*
34. Bauer KH. Rassenhygiene. Ihre biologischen Grundlagen. Leipzig: Quelle & Meyer; 1926. p. 207: "... bei der Auslese ja nie um den Tod der Individuen als Prinzip – denn sterben müssen wir ja alle – sondern nur um Zahl und Erbwert der Nachkommen handelt".
35. Weingart P, et al. *Op. cit.*, p. 523-32.
36. Klee E. *Op. cit.*
37. Binding K, Hoche A. Die Freigabe der Vernichtung lebensunwerten Lebens. Ihr Maß und ihre Form. Berlin: Berliner Wissenschafts-Verlag; 1920 [2006].
38. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 1: "lebhaftestem Verantwortungsgefühl und tiefer Menschenliebe".
39. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 5: "(...) soll die unverbotene Lebensvernichtung, wie nach heutigen Rechte – vom Notstand abgesehen –, auf die Selbststötung des Menschen beschränkt bleiben, oder soll sie eine gesetzliche Erweiterung erfahren und in welchem Umfange?".
40. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 13: "Es bleibt eben dem Rechte nichts übrig, als den lebenden Menschen als Souverän über sein Dasein und die Art desselben zu betrachten".
41. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 15: "...in der Verlust einer ganzen Anzahl noch durchaus lebenskräftiger Leben, deren Träger nur zu bequem oder zu feig sind, ihren durchaus tragbare Lebenslast weiter zu schleppen".
42. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 16: "keiner besonderen Freigabe bedarf die reine Bewirkung der Euthanasie in richtiger Begrenzung".
43. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 17: "dem innerlich Kranken oder dem Verwundeten steht der Tod von der Krankheit oder der Wunde, die ihn quält, sicher und zwar alsbald bevor, so dass der Zeitunterschied zwischen dem infolge der Krankheit vorauszusehenden und dem durch das untergeschobene Mittel verursachten Tode nicht in Betracht fällt. Von einer spürbaren Verringerung der Lebenszeit der Verstorbenen kann dann überhaupt nicht oder höchstens nur von einem beschränkten Pedanten gesprochen werden". [Subrayado en el original].
44. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 17: "Wer also einem Paralytiker am Anfang von dessen vielleicht auf die Dauer von Jahren zu berechenden Krankheit auf dessen Bitte oder vielleicht sogar ohne diese die tödliche Morphinumspritzung macht – bei dem kann von reiner Bewirkung der Euthanasie keine Rede sein. Hier ist eine starke, auch für das Recht ins Gewicht fallende Lebensverkürzung vorgenommen worden, die ohne rechtliche Freigabe unzulässig ist".
45. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, 17: "In demselben Augenblick aber wird klar: die sichere Ursache qualvollen Todes war definitiv gesetzt, der baldige Tod stand in sichere Aussicht. An dieser toddrohenden Lage wird nichts geändert, als die Vertauschung dieser vorhandenen Todesursache durch eine andere von der gleichen Wirkung, welche die Schmerzlosigkeit vor ihr voraus hat. Das ist keine "Tötungshandlung im Rechtssinne", sondern nur eine Abwandlung der schon unwiderruflich gesetzten Todesursache, deren Vernichtung nicht mehr gelingen kann".

- es ist in Wahrheit eine reine Heilhandlung. 'Die Beseitigung der Qual ist auch Heilwerk'.
46. Naucke W. Einführung: Rechtstheorie und Staatsverbrechen. En: Binding K, Hoche A. Die Freigabe der Vernichtung lebensunwerten Lebens. Ihr Maß und ihre Form. Berlin: Berliner Wissenschafts-Verlag; 2006.
  47. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 26: "Gibt es Menschenleben, die so stark die Eigenschaft des Rechtsgutes eingebüßt haben, dass ihre Fortdauer für die Lebensträger wie für die Gesellschaft dauernd allen Wert verloren hat?".
  48. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 26: "nicht nur absolut wertlose, sondern negativ zu wertende Existenz".
  49. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 26: "der Wert des Lebens kann aber nicht bloß Null, sondern auch negativ werden".
  50. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 26: "das wertvollste, vom stärksten Lebenswillen und der größten Lebenskraft erfüllte Leben".
  51. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 26.
  52. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 30: "(...) haben weder den Willen zu leben, noch zu sterben. So gibt es ihrerseits keine beachtliche Einwilligung in die Tötung, andererseits stößt diese auf keinen Lebenswillen, der gebrochen werden müßte. Ihr Leben ist absolut zwecklos, aber sie empfinden es nicht als unerträglich. Für ihre Angehörigen wie für die Gesellschaft bilden sie eine furchtbare schwere Belastung. Ihr Tod reißt nicht die geringste Lücke (...) Da sie großer Pflege bedürfen, geben sie Anlaß, dass ein Menschenberuf entsteht, der darin aufgeht, absolut lebensunwertes Leben für Jahre und Jahrzehnte zu fristen".
  53. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 30: "in Zeiten höherer Sittlichkeit (...) würde man diese armen Menschen wohl amtlich von sich selbst erlösen".
  54. Naucke W. *Op. cit.*
  55. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 52: "unsere deutsche Aufgabe".
  56. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 52: "Ballastexistenzen".
  57. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 40: "übertriebener Kaufpreis für die Erlösung".
  58. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 26: "entspringt sie nur dem tiefsten Mitleiden".
  59. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 44.
  60. Binding K, Hoche A, 1920, 47: "Von dem Augenblick an, in dem Z. B. die Tötung Unheilbarer oder die Beseitigung geistig Toter nicht nur als nicht strafbar, sondern als ein für die allgemeine Wohlfahrt wünschenswertes Ziel erkannt und allgemein anerkannt wäre, würden in der ärztlichen Sitzenlehre jedenfalls keine ausschließenden Gegengründe sein".
  61. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 52: "Der Erfüllung dieser Aufgabe steht das moderne Bestreben entgegen, möglichst auch die Schwächlinge aller Sorten zu erhalten, allen, auch den zwar nicht geistig toten, aber doch ihrer Organisation nach minderwertigen Elementen Pflege und Schutz angedeihen zu lassen – Bemühungen, die dadurch ihre besondere Tragweite erhalten, dass es bisher nicht möglich gewesen, auch nicht im Ernst versucht worden ist, diese Defektmenschen von der Fortpflanzung auszuschließen".
  62. Weingart P, et al. *Op. cit.*
  63. Weingart P, et al. *Op. cit.*
  64. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 51, 52, 53, 58: "leere Menschenhülsen", "Ballastexistenzen", "Defektmenschen", "völlig wertlosen Toten", "Fremdkörpercharakter...im Gefüge der menschlichen Gesellschaft", "wertlosen Existenz".
  65. Paul D. The Politics of Heredity. Essays on Eugenics, Biomedicine, and the Nature-Nurture Debate. Albany: State University of New York Press; 1998. p. 117-32.
  66. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 50: "In wirtschaftlicher Beziehung würden also diese *Vollidioten*, ebenso wie sie auch am ehesten alle Voraussetzungen des vollständigen geistiges Todes erfüllen, gleichzeitig diejenigen sein, deren Existenz am schwersten auf der Allgemeinheit lastet (subrayado en el original)".
  67. Binding K, Hoche A. *Op. cit.*, p. 51: "(...) der durchschnittliche Aufwand pro Kopf und Jahr für die Pflege der Idioten bisher 1300 M. betrug. Wenn wir die Zahl der in Deutschland zurzeit gleichzeitig vorhandenen, in Anhaltpflege befindlichen Idioten zusammenrechnen, so kommen wir schätzungsweise etwa auf eine Gesamtzahl von 20-30000. Nehmen wir für den Einzelfall eine durchschnittliche Lebenserwartung von 50 Jahre an, so ist leicht zu ermessen, welches ungeheure Kapital in Form von Nahrungsmitteln, Kleidung und Heizung, dem Nationalvermögen für einen unproduktiven Zweck entzogen wird".
  68. Agar N. Liberal Eugenics. Public Affairs Quarterly. 1998;12(2):137-55.
  69. Schockenhoff E. Ética de la vida. Barcelona: Herder; 2012. p. 55.
  70. Kuhse H, Singer P. Should the Baby live? The Problem of Handicapped Infants. Oxford: Oxford University Press; 1985.
  71. Verhagen E, Sauer P. The Groningen protocol – euthanasia in severely ill newborns. N Engl J Med. 2005;10:959-62.
  72. Giubilini A, Minerva F. After-birth abortion: why should the baby live?. J Med Ethics. 2012. doi:10.1136/medethics-2011-100411.